

—Muy bien; me arreglaré y dejaré á la *señá* Dolores al cuidado de mi padre.
—Hasta pasado mañana.

* *

La *señá* *Ali* (como hemos quedado en llamarla) se avisó con el señor *Postin* y le planteó el asunto de la siguiente manera: *Pepilla* está creída en los amores apócrifos de Manolo y está dispuesta á seguirme una noche, pretextando que va al teatro conmigo.

—¿Y qué piensa usted hacer?—dijo el Sr. Simforiano.

—Había pensado lo siguiente: Llevarla á *Pepilla* un traje de hombre para que se disfrace; salir y llevarla á la carretera de Extremadura, punto donde le diré que vive la querida de Manolo, y allí nos esperará usted con un automóvil de alquiler; por el camino yo la prepararé para que no la coja de susto la sorpresa.

—Muy bien pensado; ¿y luego?

—Pues luego un paseo en auto á la Bombilla, una cena modesta... y á fijar la fecha de la boda.

—Muy bien, muy bien y muy requetebién.

—¿Y todo eso lo ha pensado usted?

—No, lo he leído en una novela de las de ahora.

—Pues así se hará, y si sale bien, un billetito de á cien pesetas será el fruto de su trabajo.

—Ya sabe usted que no hago nada por el interés; pero una está para ganarse algo.

—Hasta el domingo; ¿á qué hora le parece mejor?

—A las diez en la carretera de Extremadura.

—Vaya un duro de señal.

Estimando y mandad.

* *

móvil como una estatua de mármol ó de otra cualquier materia estatuaria.

La *señá* *Alifafes*, que no se había separado un momento de la niña, advirtió la sensación que le había producido aquella inesperada visita.

—¿Qué te pasa, Pepa? ¿Te has puesto enferma?—preguntó la *Alifafes*.

—No es nada, señora; un vahido.

—Consíelese usted, señorita—dijo el señor *Postin*—; vengo de la Casa de Socorro y la lesión que sufre su señor padre no es tan grave como en un principio se temía. Se reduce á unos cuantos días de reposo; dentro de un rato lo traerán.

—Gracias, don Simforiano—dijo con voz tímida Pepa.

—Suprima usted el don, niña—le dijo con tono cariñoso el señor *Postin*—; y no le digo que me llame como, por ejemplo, á Joaquinito, que se le dice *Qumíto*, porque es tan feo el final de Simforiano...

—Usted siempre tan alegre—interpuso la *señá* *Alifafes*. (Señores cajistas: para no gastar más *efes* de cursiva en tantos *fates*, suprimiremos medio nombre y, como la moda, la llamaremos la *señá* *Ali*, aunque este nombre moruno parece más propio de un perro.)

—Estando, como quien dice, en la gloria—siguió con tono simpático el veterinario—no se puede estar triste.

Favor que usted me hace—dijo levantando la cabeza *Pepilla* y mirando á hurtadillas al señor *Postin*.

—Es justicia, joven; los hombres maduros como yo no hacen otra cosa que hacer justicia.

—Estábamos—interrumpió la *señá* *Ali*—hablando de sus versos cuando entró usted.

(Pepa comprendió el lazo que le tendía su consejera y, sin